

## Pregón de Semana Santa. Monzón, 21-3-15

Queridos hermanos y hermanas de Monzón.

Me gustaría ser esta tarde como aquel vigía que estaba esperando la vuelta del pueblo de Israel del destierro. Y anuncia jubiloso una buena noticia. El profeta Isaías le llama “*euangelos*”, el mensajero de una buena noticia.

Semana Santa es el corazón del Año litúrgico, de la Iglesia. El Misterio pascual, Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús es lo que celebramos en el llamado Triduo sacro. Jueves santo por la tarde, Viernes Santo, Sábado Santo y Domingo de Resurrección: Pasión, Muerte, Sepultura y Resurrección gloriosa. Y vosotros, queridos cofrades, estáis en el corazón de la Semana Santa porque nos mostráis algún aspecto del Misterio pascual de Jesús.

La Oración en el Huerto, nos muestra el comienzo de la Pasión del Señor. La Virgen de la Piedad nos muestra a la Madre con el Hijo muerto en sus brazos. La Virgen de los Dolores nos muestra a la Madre dolorosa ya profetizada por el anciano Simeón. En la Sangre de Cristo contemplamos el sacrificio único y definitivo. No se necesitan más sacrificios sino la Sangre gloriosa de Jesús que nos salva. En el Cristo de la Buena Muerte descubrimos el amor extremo de Jesús que da la vida por sus ovejas. Y muere perdonando y abriendo las puertas del cielo al buen ladrón.

En estos momentos de frialdad religiosa, ¡qué importante que es la fe en Jesús! No nos avergoncemos de Jesús. Es el mejor al que podemos seguir, no nos pide nada y nos lo da todo. Por eso son tan importantes los pasos del “Ecce Homo” y del Nazareno. Contemplar a Jesús en su pobreza total.

El Sábado Santo es un día de espera ansiosa. De alegría contenida. De ahí el Santo Sepulcro. Cristo que pasa por la pasión, por la muerte y la sepultura. Vuestras cofradías nos muestran estos momentos esenciales del Misterio pascual, del Triduo santo.

Pero en Monzón, hermanos y hermanas, tenéis la culminación de ese Misterio Pascual, del Triduo sacro: la Virgen

de la Alegría. Ella nos habla de la Resurrección del Hijo. Del triunfo de la vida sobre la muerte, del bien sobre el mal.

La Iglesia es misionera "por su misma naturaleza" (AG 2; LG 17), dice el Concilio. La evangelización no es facultativa, sino "*un acto profundamente eclesial*" (EN 60). Ser Iglesia equivale a formar parte de "*una comunidad que es evangelizadora*" (EN 13). "*La Iglesia existe para evangelizar*" (EN 14).

Decía san Juan Pablo II: "*Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida... He repetido muchas veces en estos años la "llamada a la nueva evangelización". La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de vivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: "¡Ay de mi si no predicara el Evangelio! (1Co 9,16)"*" (Nmi 41).

Gracias a la reforma del Concilio ha sido grande el crecimiento y la promoción de la Liturgia, que es "*la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda fuerza*" (SC 10), pero no podemos olvidar otras formas de piedad del pueblo cristiano: "*La sagrada Liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia, pues para que los hombres puedan llegar a la Liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión*" (SC 9). "*Se recomiendan encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia*" (SC 13) (DPPL 1).

Y aquí nos encontramos con la piedad popular. "*La piedad popular no puede ser ni ignorada ni tratada con indiferencia y desprecio, porque es rica en valores, y ya de por sí expresa la actitud religiosa ante Dios; pero tiene necesidad de ser continuamente evangelizada, para que la fe que expresa llegue a ser un acto cada vez más maduro y auténtico*" (San Juan Pablo II, VQA 18) (DPPL 2).

Junto y al lado de las celebraciones litúrgicas, en el curso de los siglos, han florecido y se han enraizado en el pueblo cristiano, múltiples y variadas modalidades de expresar, con simplicidad y fervor, la fe en Dios, el amor por Cristo Redentor, la invocación

del Espíritu Santo, la devoción a la Virgen María, la veneración de los santos, el deseo de conversión y la caridad fraterna (DPPL 6).

No podemos confundir “religiosidad popular” con “piedad popular”. La “religiosidad popular” se refiere a una experiencia universal: en el corazón de toda persona, como en la cultura de todo pueblo y en sus manifestaciones colectivas, está siempre presente una dimensión religiosa. La religiosidad popular no tiene relación, necesariamente, con la revelación cristiana (DPPL 10).

La “piedad popular”: Designa las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan principalmente, no con los modos de la Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas del genio de un pueblo o de una etnia y de su cultura. Es como un *"verdadero tesoro del pueblo de Dios"* (San Juan Pablo II). *"Manifiesta una sed de Dios que sólo los sencillos y los pobres pueden conocer; vuelve capaces de generosidad y de sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe; comporta un sentimiento vivo de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante, genera actitudes interiores, raramente observadas en otros lugares, en el mismo grado: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desprendimiento, apertura a los demás, devoción"* (Beato Pablo VI, EN 48) (DPPL 9).

Encontramos muchos valores en la piedad popular: La piedad popular tiene un sentido casi innato de lo sagrado y de lo trascendente. Manifiesta una auténtica sed de Dios y *"un sentido perspicaz de los atributos profundos de Dios: su paternidad, providencia, presencia amorosa y constante"* (Beato Pablo VI, EN 48), *"su misericordia"* (San Juan Pablo II, CT, 54). La piedad popular sugiere y alimenta: la paciencia, *"la resignación cristiana ante situaciones irremediables"* (Puebla, 913); el abandono confiando en Dios; la capacidad de sufrir y de percibir el *"sentido de la cruz en la vida cotidiana"* (Beato Pablo VI, EN, 48); el deseo sincero de agradar al Señor, de reparar por las ofensas cometidas contra Él y de hacer penitencia; el desapego respecto a las cosas materiales; la solidaridad y la apertura a los otros, el *"sentido de amistad, caridad y de unión familiar"* (Puebla, 913) (DPPL 61).

Queridos hermanos y hermanas: preparando con ilusión y cariño vuestros pasos de Semana Santa y vuestras procesiones estáis evangelizando, anunciando a Jesús en estos momentos concretos de la historia. Muchas personas verán vuestros pasos y os verán a vosotros que con devoción les acompañáis. Será como un audiovisual viviente. Quizás el único momento del año que ven signos religiosos, y por los ojos se puede llegar al corazón.

También hacéis un gran bien a la sociedad. Mostráis valores humanos muy necesarios: la solidaridad, el trabajo y servicio a los otros, la gratuidad, la generosidad, el espíritu de sacrificio. Y valores culturales. Nuestras raíces están ahí: el cristianismo ha marcado nuestra cultura, arte, poesía, literatura, costumbres. Es grande el bien que hacéis a la Iglesia y a la sociedad. Seguid trabajando y caminando con gozo y decisión. Nos acompaña la presencia cariñosa y bondadosa de nuestra querida Virgen de la Alegría, antes de la Piedad y de los Dolores. Pero eternamente “Virgen de la Alegría”, Madre del Resucitado.

*Virgen y Madre María,  
Tú, llena de la presencia de Cristo,  
llevaste la alegría a Juan Bautista,  
haciéndolo exultar en el seno de su madre.  
Tú estremecida de gozo,  
cantaste las maravillas del Señor.  
Tú, que estuviste plantada ante la cruz  
con una fe inquebrantable  
y recibiste el alegre consuelo de la resurrección,  
recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu  
para que naciera la Iglesia evangelizadora.  
Madre del Evangelio viviente,  
manantial de alegría para los pequeños,  
ruega por nosotros.  
Amén. Aleluya.  
(Papa Francisco, EG 288).*